

El bar

A este chico, lo quiero, tengo ganas de hacerlo feliz. Si por mi fuese, lo llevaría de fiesta, por los barrios con la música más alta y el mejor ambiente, bailaríamos, reiríamos y cantaríamos juntos al son de la música. A este chico, lo quiero.

"¿Vamos a la Birosta?", dice él, es su lugar favorito, un pequeño bar del barrio donde siempre está puesto el canal de deportes, "hace mucho tiempo que no vamos..."

Es un exagerado, fuimos hace dos meses, sé contar, pero bueno, le gusta sentarse allí con la cerveza en la mano, hablando con Joe, el camarero, ¿qué se le va a hacer?

Quiero hacer tantas cosas con él, quiero que vea todas las fotos con mis nuevas amigas inglesas, quiero que me oiga hablar en inglés, porque he mejorado muchísimo, quiero enseñarle a cocinar unas patatas asadas típicas y una tarta de manzana tradicional, quiero contarle todos los secretos y las leyendas de mi nueva universidad, quiero hablarle del futuro, hacer planes para navidad, quiero hacer tanto, pero no lo hago, me quedo callada, porque nada es seguro todavía. Prefiero vivir en el presente, pasar un buen día.

En la calle, le digo que la corbata le queda bien, él protesta, la debe tener desde hace 15 años o más, pero aún así sonrío y me da un beso. Se queja del trabajo y de su espalda, que cada día le duele más. Igual debería dejar de jugar tanto a pádel, pero eso le haría sentirse más mayor, no le gusta nada esa sensación, aunque no lo comprendo, no se le ve mayor, al menos no para mí. Es el más guapo de toda la ciudad.

Al fin, llegamos al bar, se me olvida lo mucho que odio este sitio. El olor a humo es insoportable nada más entrar, y hace más frío dentro que fuera. Las mesas están vacías y el local silencioso, sólo se escuchan de fondo algunos ruidos en la cocina y una televisión mal sintonizada, la banda sonora de una película de terror. Me dan escalofríos, el lo siente y me coge la mano, sus dedos alrededor de los míos me calman un poco.

Saluda a Joe y hablan sobre todo un poco: política, futbol, el tiempo. No sabe si tomar una tortilla, o varias croquetas, no para de cambiar de opinión. Al final coge las dos y se gira hacia mí:

"¿Prefieres la ventana, no?"

Me encojo de hombros, pero él ya se ha sentado allí. Me conoce muy bien, por eso le quiero. Pienso en todas las cosas que me gustan de él. Para empezar, me encanta la forma de sus ojos, es divina, me encanta también su pelo, sobre todo la parte revuelta de la coronilla, me encanta como se le arruga la frente cuando sonrío, cuando se ríe, en realidad me encanta él.

"¿Por qué no te sientas?", me pregunta quitándose el abrigo y la bufanda.

"Te estoy mirando."

"Mírame luego, princesa, se va a enfriar la comida."

"No me llames así!", exclamo cruzando los brazos haciendo un puchero de niña pequeña. Él se ríe y me revuelve el pelo, me quejo, pero me ignora. Empiezo a comer, la verdad es que hace bastante que no como tortilla de patata de la buena, así que la disfruto. Mientras tanto, él se inclina sobre su silla y tantea sus bolsillos. busca su móvil.

"Está en el bolsillo de tu abrigo", digo con la boca llena.

"Gracias"

"¿Qué harías sin mí?"

"Comerme la tortilla entera."

Me río, trocitos de patata salen disparados de mi boca. El también se ríe, y cuando lo veo así entiendo el porqué la gente dice que nos parecemos. Tienen razón, tengo sus ojos y su tono de piel, excepto por mi pelo, soy igual que él."

"Eres tonto, papa."